

### **UN MENSAJE DE ANIVERSARIO**

por Jean-Georges Lossier

Pocas son las revistas que, como lo hace hoy la *Revista Internacional*, pueden festejar su 125º aniversario, motivo para recordar la importancia de su contribución al estudio de los Principios de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, del derecho humanitario, de las actividades de la Institución, de la historia de las ideas humanitarias y de quienes las han defendido, de los problemas de la paz y de la moral internacional. Lo que impresiona, al pasar revista a los últimos 50 años, es la amplitud y la diversidad de los temas tratados. Y dos de entre ellos, por solo citar esos, tienen gran primacía en el desarrollo de los hechos relativos al Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja.

Ante todo, la *Revista* tuvo el privilegio de publicar, en varios de sus números, los Principios Fundamentales de la Cruz Roja tal como los formuló Jean Pictet y acompañó con un amplio comentario. Era oportuno que el Movimiento, siempre empujado por los acontecimientos que sin cesar lo solicitan hacia un pragmatismo diario, volviera a las fuentes. El Consejo de Delegados aprobó, poco después, en Praga, principios brevemente formulados. En su esencia, son semejantes a los definidos por el señor Pictet —que la *Revista* difundió ampliamente— y que, en realidad, accionaron esta necesaria puntualización de los valores.

Otro tema primordial al que la *Revista* dedicó varios estudios y fue la primera en esclarecer minuciosamente: la Cruz Roja y la Paz. En una época en que amenazaba la guerra fría, el CICR, mediante su publicación, expuso esta cuestión respondiendo al llamamiento de quienes consideraban que lo humanitario es generador de un espíritu de paz y que los Convenios de Ginebra, lejos de ser aceptación por la conciencia del estado de fuerza, son su repulsión, puesto que la finalidad de los mismos es limitar las consecuencias de la guerra, alzarse, al amparo de textos jurídicos, contra la fatalidad de los combates.

Una lectura de la *Revista* nos lleva también, de la mano de artículos acerca de la historia y la ética, a meditar sobre el servicio humanitario en sí, así como sobre el sentido de la acción de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja en el mundo contemporáneo. Interrogación fundamental y tanto más actual cuanto que el Movimiento se ve confrontado con situaciones difíciles y con obligaciones en constante aumento. Por lo demás, ¿cómo podría no interrogarse en una época de incertidumbre y de violencia menos propicia que antes a la aplicación de las ideas humanitarias? Ahora bien, precisamente porque como las otras instituciones de asistencia se encuentra en esta situación, el Movimiento prosigue, con más tenacidad aun el gesto de Solferino. Y, simultáneamente, replantea un análisis de las condiciones de un servicio al prójimo que la evolución de la sociedad puede modificar transformando la repercusión y la eficacia del mismo.

Con frecuencia, el pasado dirige el futuro. Las instituciones humanitarias están obligadas a recordar de dónde vienen, cuáles son sus raíces a fin de conocer en qué condiciones sociológicas y morales deberán insertarse cada día. Históricamente, la fundación de la Cruz Roja es una de las manifestaciones más notables del gran movimiento que, desde finales del siglo XVIII, ha inducido a la conciencia a respetar a cada uno como persona humana, independientemente de las contingencias nacionales, políticas, raciales, religiosas, sociales. Y esta exigencia, porque está amenazada, ha de reconocerse a toda costa. Se puede contribuir rehaciendo el camino que conduce al ser solitario hasta la comunidad. De unos a otros hay un flujo continuo, un compromiso recíproco y, amplificándolos, se asume la correspondiente responsabilidad respetando al otro.

Las palabras no causan indignación, sino los gestos. Sencillamente, se interviene, en silencio, para borrar un oprobio, aliviar un dolor, no solo por compasión, sino también porque estamos heridos en nuestra dignidad cuando se ofende a la dignidad de otro. El gesto de asistencia adquiere una más alta significación, la de una protesta contra la violencia, contra la barbarie, contra la injusticia. Demuestra que se puede cambiar la ley de la necesidad universal y que siempre puede renacer en nosotros la humanidad. Ayudando a nuestro prójimo cumplimos más eficazmente ese deber, movidos por un impulso del corazón que nos lleva a salvar las barreras de los prejuicios y de las actitudes de intolerancia. He ahí por qué la Cruz Roja y la Media Luna Roja no preguntan ni de dónde se viene ni adónde se va, sino únicamente si uno sufre. Porque, solo se reconoce una nacionalidad que todos pueden reivindicar, la del sufrimiento, enten-

didada como un llamamiento. En nombre de la solidaridad que nos une unos a otros se proclamarán la dignidad y el valor de toda vida. Cada ser humano tiene su propio valor. Para salvar la vida de un solo herido, quienes prestan servicio en una ambulancia de primera línea arriesgan la suya.

La Cruz Roja incita a tener confianza en el hombre; la justifica por su existencia misma, por el hecho de que ya ella lleva a cada uno a su profunda humanidad. Dice que cada hombre es una de las oportunidades de paz siempre frágil. Pero, a fin de que su exhortación tenga frutos, hemos de tener una gran esperanza, la de un mundo más fraterno. Pero dudamos, demasiado a menudo, porque tememos el futuro. Entonces se incrementa la desconfianza colectiva que acepta, sin reaccionar, la posibilidad de nuevos conflictos, de nuevos peligros. Es una psicosis de miedo que nos disminuye, puesto que nos encierra en nosotros mismos, en vez de enriquecernos yendo hacia los demás, tendiéndoles la mano. Y, luego, los gritos de odio ahogan, con frecuencia, la voz de los hombres de buena voluntad que, a pesar de todo, prestan servicio y son numerosos y activos.

La Cruz Roja se apoya en un bagaje de todos, como se demuestra en varios artículos de la Revista dedicados al respeto de la persona humana en diversas religiones y filosofías. A su invitación, se reúnen millones de mujeres y hombres, de mentalidades y de lugares diferentes. Pero nunca ha proclamado personal una moral que pudiera serle atribuida; renunciando, pues, a un «universalismo moral», ha podido convertirse en universal. Por lo demás, un sentimiento de solidaridad incluye o, mejor dicho, llega a ser lo que los hombres sienten en lo más íntimo, lo mejor que tienen para dar.

Los llamamientos de auxilio son hoy cada vez más numerosos y acuciantes, intervienen instituciones para afirmar la intangibilidad de la vida humana, asistir con todas sus fuerzas para que se reconozcan, en la legislación internacional, los derechos del hombre que defiende el movimiento en nombre de los imperativos morales, en los que se inspiró Henry Dunant. La Declaración Universal es, en todos los casos, un ideal y como un motivo de acción para toda obra humanitaria. Dígase lo mismo por lo que atañe a los Convenios de Ginebra y a los otros textos del derecho humanitario, que son un baluarte contra los excesos de los combates. Así, la Conferencia Internacional para la Protección de las Víctimas de la Guerra, convocada por el CICR el mes de agosto-septiembre de 1993, declara: «afirmarnos, en conclusión, nuestra convicción de que el derecho internacional humanitario, mantiene abiertas, preservando espacios de

humanidad incluso en lo más enconado de los conflictos armados, las vías de reconciliación y que contribuyen no solo al restablecimiento de la paz entre los beligerantes sino también a la armonía entre todos los pueblos.»

Las intervenciones del Movimiento se deben no solo a consentimientos, ya que su voluntad actúa únicamente por razón de la lealtad y de la buena voluntad colectiva o individual y de la determinación de respetar los compromisos contraídos. Si nadie más se reconociera responsable de la suerte que corre su vecino, ¿qué poder le quedaría? ¿A quién acudir? Tanto más cuanto que las guerras son ahora totales y causan ingentes éxodos de población, ha aumentado desmesuradamente el número de quienes, habiendo perdido todo, familia, patria, incluso la identidad, van errantes por doquier, acogidos aquí por poco tiempo, allá rechazados, buscando desesperadamente nuevas razones de existencia. Cuando los Estados o los individuos rechazan los principios que encarnan la Cruz Roja y la Media Luna Roja, se disminuye el ámbito de acción de éstos y se puede comprobar una tenaz resistencia a sus llamamientos. Así se explica la tendencia de algunos a no reaccionar ya ante actos oprobiosos, a proporcionar a su cobardía la excusa de la fatalidad, a perder confianza en la labor humanitaria. Solo se podrá restaurar esta confianza defendiendo los valores de humanidad. Por su parte, la Revista no ha dejado de contribuir en esta empresa, dando testimonio de los esfuerzos a este respecto desplegados.

**Jean-Georges Lossier** permaneció 36 años al servicio del CICR, donde comenzó a trabajar en 1940. En 1943, fue nombrado director de la división encargada de los prisioneros, de los internados y de los civiles. A partir de 1946 trabajó como redactor en la *Revista Internacional de la Cruz Roja*, de la que fue redactor jefe desde 1955 hasta 1976.

Sociólogo de formación y escritor, ha publicado varios libros de poesía y ha recibido cuatro premios literarios. También es autor de dos obras fundamentales que siguen siendo autoridad en su campo: *Solidaridad, significación moral de la Cruz Roja* (1947) y *Les civilisations et le service du prochain* (1958), además de numerosos artículos sobre los ideales y la doctrina del Movimiento.